

2. EL COLECTIVO “DONES EN L’ESGLÈSIA”

Sefa Amell i Comas

1. Recuerdo con emoción los primeros encuentros del pequeño grupo inicial cuando nos enfrentábamos a una cuestión nueva: Habíamos descubierto que el lugar que en justicia nos correspondía a las mujeres en la Iglesia no era el que teníamos, por el momento. Poca cosa sabíamos del tema pero nuestra intuición nos decía que debíamos interesarnos por esta cuestión. Casi todas llevábamos tiempo trabajando en la Iglesia y para la Iglesia en las catequesis de nuestras parroquias, en grupos de juventud, en Cáritas, visitando a personas enfermas en nombre de nuestras comunidades, etcétera. Un trabajo llevado con buen humor y dedicación y ciertamente agradecido pero sin reconocimiento digamos “oficial”. En la Iglesia el lenguaje continuaba, y continúa, siendo masculino, nuestras aportaciones en las asambleas parroquiales eran generalmente ignoradas, las religiosas seguían recibiendo el mote burlón de “monjitas”, y cualquier planteamiento de autonomía en cuanto a mujeres dentro de la Iglesia lo menos que hacía era que nuestros interlocutores se sonrieran benévola y pasaran, sin más a los temas para ellos realmente importantes, dejándonos con la palabra en la boca. Un estudio que se realizó en Catalunya revela que el 82% del trabajo

que realiza la Iglesia lo llevan a cabo mujeres, generalmente sin retribución económica. El 18% restante lo efectúan varones, generalmente remunerados –entre los que hay que contar a todos los sacerdotes– que son los que realmente disponen y deciden. Es bien conocido que el trabajo no remunerado no tiene ningún prestigio y es invisible. Sin embargo pensamos que en la Iglesia se debería funcionar con otros esquemas y que el servicio desinteresado, como el que realizan las mujeres, debería ser muy valorado y estimado.

Era el año 1986. Acabábamos de estrenar un feminismo incipiente que algunas de nosotras incluso rechazábamos. Se decía que las feministas querían parecerse a los hombres y se proponían arrebatar su poder. Se ridiculizaba cualquier aportación que hicieran aunque fuese positiva, una manera de deslegitimar su trabajo, igual como se hiciera anteriormente con las mujeres que lucharon por obtener la posibilidad de votar, las sufragistas. ¿Qué mujer de bien se introducía en este ambiente? Poco a poco el discurso feminista fue haciéndose más y más reflexivo y ponderado, y aportó –está aportando–, ideas valiosas para una libre, respetuosa y, por qué no, amorosa relación entre los hombres y las mujeres.

El objetivo es poder construir una nueva situación de paridad en todos los sentidos de la vida. Efectivamente, la vida en las iglesias ha continuado igual como siempre, aunque no ha podido quedar indemne ante el influjo de algunas mujeres valientes que se han planteado preguntas a las que, por el momento, no encuentran respuestas aceptables.

Lo que en un principio nos empujó a iniciar nuestra relación y a constituirnos como asociación¹ fue la necesidad compartida de estudiar a fondo la constatable situación de desventaja de las mujeres en la Iglesia y las causas próximas o remotas de ésta, a fin de encontrar respuestas con las que elaborar estrategias de cambio. El primer trabajo realizado fue un estudio del Código de Derecho Canónico² con el cual pudimos comprobar de primera mano que las diferencias se fundamentaban en el sexo y que estas diferencias se constituían en desigualdades. La compañía de María Martinell fue muy valiosa en aquel principio, dado que ella ya tenía una amplia experiencia en el campo de la teología feminista que ya entonces contaba con numerosas autoras y conseguía aparecer en algunos círculos. Nuestra pregunta en aquel momento era: la Iglesia, ¿es signo de liberación para las mujeres? Por desgracia habíamos constatado en nuestras propias vidas que era más bien un signo de sujeción, de sumisión, de marginación, de desprestigio, de invisibilidad,

de silencio. Nuestra tarea a partir de entonces se ha caracterizado por la reflexión dentro del grupo y la acción de cara al exterior, todo ello a fin de sensibilizar al mayor número de mujeres y de implicar en nuestra tarea a los hombres. En este cometido nos vemos todavía impotentes. En realidad, la acción ha sido intensa y múltiple: cursos, conferencias, congresos, edición de libros, una revista trimestral, participación en foros internacionales ecuménicos y relaciones estrechas con mujeres de otras iglesias. Asimismo nos relacionamos con otros grupos del estado español que tienen los mismos fines y que paradójicamente fueron apareciendo en el mismo tiempo. Un poco antes había sido el Foro de Estudios para la Mujer; luego los grupos de "Mujeres y Teología" que nacía el mismo año que el *Collectiu "Dones en l'Església"* (CDE); un poco más tarde se formaba "Arnasatu" en Bilbao y las "Mulleres Cristiás Galegas", de Santiago de Compostela; "Creients i Feministes" aparecían en las Baleares; mientras que también en Valencia y en Andalucía han ido tomando cuerpo otras iniciativas. Todos los grupos tenemos contactos y regularmente nos relacionamos participando unas y otras en los diferentes encuentros que periódicamente se organizan.

2. ¿De dónde sacamos fuerzas en un ambiente tan hostil para las mujeres como es la Iglesia católica? Cuando par-

¹ Hay que decir que las personas que formamos parte de este grupo somos de procedencias distintas, la mayoría con formación de grado medio, con distintas situaciones personales y también de ambientes distintos. La mayoría vivimos en Barcelona y en las ciudades de sus alrededores. También hay grupos en el resto de Catalunya: Girona, Sabadell, Manresa... Dentro de Barcelona hay pequeños grupos en barrios.

² Ver artículo de Lucía Ramon en *Superar la violència*, CDE y Claret, 2000.

ticipé en el Forum de Hoairou, cerca de Beijing, junto con otras treinta y cinco mil mujeres de todo el mundo, que habíamos acudido a China con motivo de la IV Conferencia de NN.UU (1995) sobre la mujer, oí decir o leí en un texto, que *las religiones son un freno para el pleno desarrollo de las mujeres*. Me dolió profundamente y en un primer momento, aunque conocía perfectamente las dificultades en las que nos desenvolvíamos en mi iglesia, pensé que se referían a la otras tradiciones religiosas. Pero no; son todas las religiones las que tradicionalmente han frenado a las mujeres en su plena autonomía. La razón es que en todas ellas hay varones que se han apropiado del poder de Dios y lo han administrado en su beneficio (esta frase también la escuché en Hoairou) Todas las religiones son patriarcales o, siguiendo a la teóloga de origen alemán que da sus clases en Harvard, Elizabeth Schüssler Fiorenza, son kiriarcales en referencia al señor, dueño, jefe que decide, administra y ordena. Las mujeres no cuentan. Tampoco cuentan en algunos pasajes del Evangelio y, aun así, la relación de Jesús con ellas fue excelente y constituye la base donde ha echado sus raíces la teología feminista. La III Conferencia de NN.UU dedicada a las mujeres, celebrada en Nairobi en 1985, dispuso la celebración de un decenio a favor de las mujeres, e instó a las iglesias a suprimir las enseñanzas y las prácticas discriminatorias para las mujeres. Como respuesta a aquel reto, el Consejo Mundial de Iglesias declaró también un Decenio a favor de las mujeres que se

clausuró en Harare, Zimbawue en 1998³. Se constató que las mujeres habían continuado trabajando por sus iglesias, mientras que las mismas iglesias no habían hecho nada para ellas en aquellos diez años. Se dijo que las mujeres son los pilares donde se sostienen las iglesias, mientras ellas decían que dentro de sus mismas iglesias sufren todo tipo de violencia .

La teología feminista es distinta de la teología que pueden hacer las mujeres y los hombres. Esta puede ser una buena teología, pero será parecida a la que ya conocemos y que tradicionalmente han trabajado solamente los varones. La teología feminista, que puede ser de hombres y/o de mujeres, trata de encontrar en los textos aquello que no aparece, pero que está implícito. Algo que ha quedado ocultado y olvidado por descuido o intencionadamente: gente marginada, pobre, mujer, inmigrante... Hay un montón de mujeres en los Evangelios que han retomado sus colores originales gracias al estudio de otras mujeres hermanas suyas. Aquellas habían establecido un diálogo fructífero con Jesús. Veamos algunas. La suegra de Pedro, liberada de la fiebre, recibe la invitación a servir la mesa. ¿Quién sirve / preside la mesa Eucarística si no es la dueña de la casa? En las primeras comunidades parece claro que así fue. ¿No es una premonición esta invitación de Jesús? Sin embargo los varones se han apropiado el papel de presidentes y celebrantes en la Eucaristía. La mujer samaritana, que llevó a su pueblo la buena noticia que había aprendido dialogando con plena

3 Ver Pilar de Miguel, *Xirimiri de Pastoral*, n. 28, Desclée de Brouwer, 2005.

libertad con Jesús de manera que el pueblo creyó en ella. Sin embargo ellos se han apoderado impunemente de la palabra que anuncia la Buena Nueva. Marta, hermana de Lázaro que en un intenso diálogo declara: “sí Señor, creo que tú eres el Mesías el Hijo de Dios que había de venir al mundo”. Parecida declaración a la que hizo Pedro a la pregunta de Jesús: *y vosotros ¿quién decís que soy?* Finalmente, para no poner más ejemplos, no puedo silenciar a María de Magdala, a quien Jesús se hizo presente en primer lugar, y que al oír su nombre “¡María!”, pronunciado por el resucitado le reconoce al instante y está a punto de echarse en sus brazos. Pero ha sido Pedro a quien se atribuye generalmente la primera aparición. Son algunos testimonios del rastro que dejaron las mujeres en la vida de Jesús que no tuvo reparos en tocar una mujer con pérdidas de sangre, y por ello impura, y contaminarse de su impureza. Con ello demostró su desprecio por los tabúes religiosos y culturales que marginan las mujeres.

Las teólogas y teólogos feministas indagan, por ejemplo, en el concepto que se ha transmitido de Dios, y si este concepto puede ser favorable a las mujeres. Porque a Dios se le ha descrito en masculino y sin embargo en un principio no se le podía ni nombrar. Con el paso del tiempo, Dios adquirió un claro perfil de anciano varón con todos los atributos de un poderoso patriarca. Como tal aparece en innumerables pinturas en las iglesias católicas, conocido método de catequesis en un mundo analfabeto. Considero que Dios es nombrado excesivamente a través de la metáfora de padre utilizada por Jesús, de manera que ha quedado consolidada su imagen mas-

culina en la cual las mujeres no podemos encontrarnos ni parecernos. El pueblo hebreo había adquirido la idea de un Dios único en contraposición a lo común de los pueblos vecinos que tenían deidades masculinas y femeninas. Con la idea del Dios único fue desapareciendo cualquier connotación femenina en Dios, de tal manera que pensado o pensada como Diosa resulta casi una blasfemia. Teniendo en cuenta que Dios es Espíritu y no posee cuerpo, parece ridículo a estas alturas tener que defender un cambio paradigmático que haga desaparecer cualquier vestigio sexual, de manera que en Dios se pueda incluir aquello que es femenino y aquello que es masculino. Porque, si somos su imagen, se ha de parecer a ambos: al hombre y a la mujer, y tanto los unos como las otras hemos de poder encontrar nuestro referente en el Espíritu de Dios.

Cuando cumplimos el décimo aniversario de nuestra asociación, escribimos en *Questions de vida cristiana*, número 182, que las mismas mujeres habíamos asumido y ayudado a lo largo de la historia a perpetuar una situación de pecado sacralizando cargos jerárquicos y trabajos ministeriales a los que no podíamos acceder, fomentando así la sacralización de lo masculino. Ahora, cuando se cumplen veinte años, podemos decir que muchas de las piedras encontradas en el camino aún están ahí, pero empiezan a estar cuestionadas desde muchos ángulos. La misma sociedad ve en el trato que da la Iglesia a las mujeres como un anacronismo más de los que muestran sus ministros: sus vestimentas, su liturgia, sus prohibiciones. Dentro mismo de la iglesia muchos clérigos empiezan a plantearse seriamente

la cuestión y desgraciadamente muchas mujeres que se sentían incómodas la han abandonado sin plantearse propiciar ningún cambio. Igual como no hay hombres jóvenes en los movimientos eclesiales, tampoco encontramos mujeres y esto es mucho más grave. Las madres han sido las transmisoras de la fe. Pocas son las madres de treinta o cuarenta años que hagan esta tarea, con lo cual nos encontramos ante una dejación que conlleva un cambio importantísimo, porque ya no hay familias que transmitan la fe y el descrédito galopante que sufre la Iglesia no ayuda en nada a reconducir esta situación. La sociedad occidental ha dejado de hablar de Dios y Dios no está presente en las mentes de la mayoría de las personas a quienes podemos consultar. Todo funciona sin Dios en contraposición flagrante con las culturas orientales que han interiorizado la divinidad y la trascendencia, y las musulmanas que han hecho de Dios su escudo y su fuerza.

3. Con todo hay signos de esperanza. En el Primer Sínodo Europeo de Mujeres, celebrado en Gmunden (Austria), se organizó el grupo Women's Ordination Worldwide (WOW) que ha formado teológicamente a las primeras candidatas al sacerdocio femenino católico, consiguiendo que algunas de ellas fueran efectivamente ordenadas. Con posterioridad tres de ellas fueron consagradas obispos por un obispo europeo que no ha dado su nombre. Con ello se conseguía no romper con la sucesión apostólica. Son mujeres de procedencia distinta,

algunas son religiosas, otras casadas, todas con una sólida formación teológica y con una práctica de años de trabajo en la Iglesia. En el Segundo Sínodo, que se celebró en Bellaterra (Barcelona) en 2003⁴, se ordenó una mujer religiosa sudafricana. En junio de 2005, en Lyon, se ordenó otra mujer y en julio siguiente lo fueron varias canadienses y norteamericanas. En estos momentos hay unas cien mujeres preparándose para ser ordenadas, europeas y norteamericanas la mayoría. Aunque la Iglesia obviamente no reconoce estas ordenaciones, constituyen un signo profético y esperanzador. La Iglesia no muere. De alguna manera revive en las mujeres. Ellas manifiestan que son conscientes de estar desobedeciendo leyes injustas que fueron elaboradas sin intervención femenina. Sin ningún rubor los hombres han organizado toda la estructura jerárquica de la Iglesia sin tener en cuenta la praxis de Jesús con las mujeres y solamente atendiendo la praxis de la cultura dominante, nada favorable a sus hermanas, creadas igualmente hijas de Dios.

También es un signo valioso el gran número de publicaciones de signo feminista y cristiano que han aparecido en los últimos años. Pensadoras como Rosemary Radford Ruether, Elisabeth Schüssler Fiorenza, Elisabeth A. Johnson, Ivone Gebara, Alice Gombault, Mercedes Navarro, Pilar de Miguel, Teresa Forcades, Isabel Gómez Acebo, entre otras muchas, consolidan un pensamiento aportado por las mujeres que modela y completa el pensamiento masculino, muchas veces contraponiendo

4 Pilar de Miguel y M. Josefa Amell: *Atraverse con la Diversidad*. Verbo Divino, 2004.

nuevas visiones o contradiciendo viejos estereotipos. Con la aportación de las mujeres en un mismo plano intelectual el pensamiento humano puede conseguir ser mucho más completo, porque los ángulos de percepción son mucho más ricos y numerosos. Solamente cabe esperar que la fuerza de las mujeres fuerce a la jerarquía eclesiástica a tomar en consideración su aportación en todos los campos del conocimiento y de la vida.

Más que desear que las mujeres puedan ser ordenadas, aunque respetamos, valoramos y apoyamos a todas las que se han ofrecido para serlo, hemos venido luchando para conseguir el pleno reconocimiento de todas las mujeres como seres humanos totales, paritarios de los hombres. Creemos que se trata del primer paso necesario para que una vez admitida la total igualdad en la diversidad, no sea necesario insistir en el tema de la ordenación, porque vendrá dado. La Iglesia debe formular seriamente los ministerios, plantear la primordial función de servicio que tiene encomendada dejando a un lado toda idea de poder y cualquier tentación jerárquica porque, respondiendo de manera evangélica, no ha de permitir que unas personas estén por encima de otras, ni que un único pensamiento siga rigiendo toda la Iglesia sin aceptar la aportación de opiniones distintas hechas con sinceridad y honestamente. Y definitivamente ha de abandonar la práctica de la discriminación entre las personas según su sexo o tendencia sexual. ¿Qué necesita la Iglesia para ser más humana o encarnada, como se dice? Yo creo que toda ella debe tener como prioritario acercarse a las personas, a su vida, sus problemas y sus espe-

ranzas. Acompañar a las que sufren y también a las que gozan. Estar a punto para acudir en cualquier momento a sostener las que defallecen o están abrumadas por sus problemas. Y llevar la Palabra, el consuelo y la ayuda en el momento preciso. Para este servicio no se necesita ser varón. Se necesita amar mucho. Y se necesita despojar el sistema actual de todo lo superfluo, que es mucho, para recobrar la sencillez del Maestro.

El mundo globalizado nos enfrenta con fuerza con las mujeres de todo el mundo que pertenecen a muchas y variadas religiones. Por lo general están en situaciones muy precarias y sufren infinidad de violencias de todo tipo. Una mera responsabilidad con nuestras hermanas nos obliga a tenerlas presentes en todo momento y a continuar luchando para que por lo menos nuestra Iglesia considere a las mujeres, a todas, sin esperar más, como seres enteros con capacidad de decidir sobre sus propias vidas sin interferencias religiosas masculinas, confiando sinceramente en su libertad. Si la Iglesia católica diera este paso sería un gran ejemplo para todas las religiones. Hasta el momento la predicación de un Dios que nos ama por igual y nos pide que nos amemos y respetemos entre los humanos encuentra en la praxis de la misma Iglesia un contrasentido, ya que ésta hace distinciones en razón del sexo (y muchas veces también en razón de la raza, el estatus social, la capacidad económica o la educación recibida).

Como pude constatar en Beijing y en otros eventos, las mujeres cristianas, musulmanas, judías, budistas, taoístas, de religiones indígenas americanas y africanas, o sea las mujeres del mundo,

están en este momento iniciando un movimiento de auto conocimiento y afirmación que traerá, tarde o temprano, no lo dudo, un cambio irreversible en la concepción de las relaciones hombre mujer, que será, tampoco lo dudo, un gran beneficio tangible para toda la humanidad.

Después de estos años dedicados a las mujeres en la Iglesia no estoy muy segura de haber avanzado suficientemente. La jerarquía ha continuado con sus documentos, a veces con apariencias positivas (*Mulieris Dignitatem*, 1988; *Carta a las mujeres del mundo*, 1995) y otras claramente discriminatorias (*Orde-natio sacerdotalis*, 1994; *Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, 2004), todos de Juan Pablo II. En la reciente encíclica sobre el amor de Benedicto XVI, no hay

referencias explícitas a la mujer. De todos modos, en la percepción de personas que forman los grupos de base se nota claramente un cambio en el trato. Verbalmente es ciertamente notable el cambio de lenguaje (no así en el lenguaje eclesiástico) y también se nota cuando se ceden puestos de decisión o de representación. Se piensa mucho más en las mujeres y nosotras mismas vamos perdiendo el miedo a manifestarnos sinceramente.

La Iglesia es un poder patriarcal muy fuertemente establecido, pero es el único que queda. Con todo veo la consecución de un futuro paritario de las mujeres en ella, muy a largo plazo. Pero llegará, porque no deseamos nada que quede lejos del Evangelio.

sefa.amell@menta.net